Christoffer Carlsson

El hombre invisible de Salem

Traducción de
Carmen Montes Cano

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Den osynlige mannen från Salem*

Esta edición se publica por acuerdo con
Pontas Literary & Film Agency

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard
Imagen: © Shutterstock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© by Christoffer Carlsson, 2013
© de la traducción: Carmen Montes Cano, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-394-2
Depósito legal: M. 11.477-2016
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Karl, Martin y Tobias

Strange highs and strange lows,
Strangelove,
That's how my love goes

DEPECHE MODE

Merodeo delante de tu puerta, exactamente igual que hacía antes. Pero no es tu puerta, no, tú no estás detrás. Hace mucho que no estás. Lo sé porque me dedico a seguirte. Aquí sólo estoy yo. Y, en realidad, yo tampoco estoy. No me conoces. Nadie me conoce, ya no. Nadie sabe quién soy.

Notas algo raro, notas que algo está a punto de ocurrir. Recuerdas el tiempo que sigue en este texto, pero decides ignorarlo, ¿verdad? Lo sé, porque yo soy como tú. Las pocas veces que recuerdas el pasado en tu vida cotidiana lo reconoces. Lo reconoces, sí, pero no estás segura de qué era verdad y qué no, ya que el tiempo lo ha enturbiado todo.

Escribo para decirte que todo lo que crees es verdad. Escribo para contarlo todo.

I

Suecia debe morir. Eso han escrito en la pared del túnel con gruesas mayúsculas negras, y de una tienda de por allí cerca se oye música, alguien que canta *don't make me bring you back to the start;* y fuera del túnel brilla el sol, cálido y blanco, pero dentro hace fresco y reina el silencio. Una mujer con auriculares y una cola de caballo pasa haciendo *footing.* La sigo con la mirada hasta que se pierde.

No se sabe de dónde aparece un niño corriendo con un globo en la mano. El globo aletea a tirones irregulares y nerviosos en el extremo de la cuerda que lleva tras de sí, hasta que choca en el techo del túnel con algo puntiagudo y explota. El niño se lleva un susto y se echa a llorar, puede que por lo estrepitoso del ruido, pero seguramente no. Busca a alguien con la mirada, pero allí no hay nadie.

Estoy en Salem, es la primera vez que vengo en mucho tiempo. Estamos a final de verano. Me levanto del banco que hay en el túnel y paso por delante del niño, salgo de la penumbra a la claridad de la luz del sol.

II

Me despierto y es de noche, por eso sé que ha ocurrido algo. Veo un destello con el rabillo del ojo. Al otro lado de la calle, la fachada relumbra con una luz azul e intermitente. Me levanto de la cama y me dirijo al rincón que es la cocina, me bebo un vaso de agua y me pongo un ansiolítico en la lengua. He soñado con Viktor y Sam.

Con el vaso vacío en la mano, me acerco al balcón y abro la puerta. El viento sopla cálido, pero húmedo, me da escalofríos, y contemplo el mundo que me aguarda allá abajo. Hay una ambulancia y dos coches de policía aparcados en semicírculo delante de la entrada. Alguien está atando una cinta blanca y azul entre dos farolas. Oigo voces sordas, el carraspeo de la radio de la policía, y veo el parpadeo mudo de las luces azules de los coches policiales. Y más allá: el rumor de un millón de personas, el sonido de una gran ciudad en reposo momentáneo.

Vuelvo y me pongo unos vaqueros, me abotono una camisa y me paso la mano por el pelo. En el rellano: un ventilador zumba detrás de la pared, el ruido discreto de las prendas de ropa, una voz que murmura bajito. Alguien pone en marcha el viejo ascensor, que empieza a moverse en el hueco y a vibrar con un traqueteo mecánico.

–¿No podéis parar el puto ascensor? –masculla una voz.

El ascensor disimula el sonido de mis pasos mientras bajo la espiral de la escalera que va rodeando el hueco.

Me paro en el segundo piso y presto atención. Debajo, en el primero, ha ocurrido algo. No es la primera vez.

Hace unos años, una asociación sin ánimo de lucro compró el apartamento gracias a la donación de alguien que tenía más dinero del que necesitaba. La asociación reformó el apartamento, lo convirtió en un albergue para marginados y desfavorecidos y lo bautizó Residencia Chapman. Tienen visita una vez por semana, como mínimo, las más de las veces de aburridos burócratas de los servicios sociales, pero a menudo también de la policía. Lleva el albergue una antigua asistente social, Matilda o Martina, no recuerdo el nombre. Es mayor, pero infunde más respeto que la mayoría de los policías.

Me asomo por la barandilla y veo entornada la recia puerta del albergue. La luz está encendida. Una voz más suave, la de una mujer, atempera la voz rabiosa del hombre. El ascensor pasa de largo en su descenso y yo lo sigo; oculto tras su mole, bajo al primer piso. Los dos policías que hay allí se quedan helados al verme. Son jóvenes, mucho más que yo. El ascensor se para en la planta baja y todo queda en silencio.

–Cuidado con dónde pisas –dice la mujer.

–Pon la cinta –dice el hombre, y le da un rollo de cinta blanca y azul; y ella se lo queda mirando.

–Ponla tú, yo me encargo de él.

La mujer se ha quitado la gorra y la tiene en la mano; lleva el pelo recogido en una cola de caballo muy tirante que le tensa la cara. El hombre tiene la barbilla cuadrada y los ojos amables, pero yo creo que los dos están bastante nerviosos porque no paran de mirar el reloj. En las hombreras del uniforme lucen una única corona dorada, ninguna banda. Ayudantes.

El hombre se dirige a la escalera con el rollo en la mano. Hago por sonreírle.

–Resulta que aquí ha pasado una cosa –dice la mujer–. Y me gustaría que te quedaras dentro del edificio.

–No pensaba salir.

–Entonces, ¿qué haces aquí abajo?

Miro hacia la ventana del hueco de la escalera; es enorme y por ella se ve el bloque de la acera de enfrente. Todavía bañado en luz azul.

–Me he despertado.

–¿Te han despertado las luces?

Le digo que sí con un gesto, sin saber muy bien qué estará pensando. Parece sorprendida. Noto un olor ácido y, en ese momento, me doy cuenta de lo pálida que está, de que tiene los ojos enrojecidos. Acaba de vomitar.

Ladea la cabeza un poco, apenas nada, y frunce el entrecejo.

–¿Nos hemos visto antes?

–No lo creo.

–¿Estás seguro?

–Soy policía –empiezo a explicarle–, pero no... No, no creo que nos hayamos visto.

Se me queda mirando un buen rato, luego saca el cuaderno del bolsillo y pasa las hojas hasta que encuentra lo que busca, el bolígrafo hace clic, ella anota algo. A mi espalda suena el crujido de la cinta del cordón policial que su colega maneja torpemente, de un modo que me irrita. Observo la puerta que queda detrás de la mujer. No hay indicios de que la hayan forzado.

–No me habían informado de que aquí viviera un policía. ¿Cómo te llamas?

–Leo –respondo–. Leo Junker. ¿Qué ha pasado?

–¿En qué sección estás, Leo? –continúa la mujer con un tono que revela que no está nada convencida de que le haya dicho la verdad.

–AI.

–¿AI?

–Asuntos Intern...

–Ya sé lo que significa. ¿Me enseñas tu placa?

–La tengo arriba, en la cartera –le digo, y ella dirige la vista por encima de mi hombro, como buscando la mirada de su colega–. ¿Sabéis quién es la mujer? –le digo–. El cadáver.

–O sea... –empieza la mujer–. Es decir, que sabes lo que ha pasado, ¿no?

No soy buen observador, pero es raro que vengan hombres al albergue. Ellos tienen otros sitios a los que ir. Las mujeres, en cambio, no pueden elegir entre tantos albergues, dado que la mayoría de este tipo de hogares niega el acceso a las que se drogan o a las que se prostituyen. A las mujeres se les permite hacer lo uno o lo otro, pero no las dos cosas. Lo malo es que la mayoría de ellas hace las dos cosas, precisamente. La Residencia Chapman es una excepción, de modo que aquí acuden muchas mujeres. Sólo tienen una regla: no pueden llevar armas. Es una postura que despierta mis simpatías.

O sea, lo más seguro es que se trate de una mujer y, a juzgar por el despliegue, no estará viva.

–¿Puedo...? –le digo, y doy un paso hacia ella.

–Estamos esperando a los técnicos –oigo que dice el colega a mi espalda.

–Y Martina, ¿está dentro?

–¿Quién? –pregunta la mujer desconcertada, y ojea el cuaderno.

–La mujer que lleva el albergue –respondo–. Somos amigos.

La agente me mira con escepticismo.

–Quieres decir Matilda, ¿no?

–Sí, eso.

Me quito los zapatos y la dejo atrás con ellos en la mano, camino del albergue.

–Oye –me dice tajante, cogiéndome fuerte del brazo–. Tú te quedas aquí.

–Sólo quiero ver cómo está mi amiga –le digo.

–Si ni siquiera sabes cómo se llama...

–Sé cómo hay que moverse en la escena del crimen. Sólo voy a comprobar que Matilda está bien.

–Eso no importa. Aquí no entras.

–Dos minutos.

La agente se me queda mirando un rato antes de soltarme el brazo, y vuelve a mirar el reloj. Alguien aporrea la puerta de la entrada, fuerte y con insistencia. Ella busca a su colega, que ha subido la escalera y ha desaparecido de nuestra vista.

–Espera aquí –me dice. Yo asiento y sonrío, trato de parecer buena gente.

El mundo es, en la Residencia Chapman, de una calma fantasmagórica. El techo es bajo y lo tengo muy cerca de la cabeza, afea el suelo un parquet plagado de marcas. El albergue consta de un amplio vestíbulo, una cocina comedor, un aseo y una ducha, un despacho y lo que me figuro que son los dormitorios, al fondo del local. El olor recuerda al del ropero de un hombre mayor. Dentro, en el suelo, hay un cesto grande y, al lado, una nota escrita a mano. «ROPA DE ABRIGO.» Por debajo de una sudadera con capucha asoma un par de guantes; los cojo.

A unos metros a la derecha del vestíbulo hay una cocina ordenada y limpia, con una mesa de madera cuadrada y un par de sillas con el respaldo de barrotes. A la mesa está sentada Matilda, esa mujer que parece un pájaro, de perfil puntiagudo y cabeza poblada de rizos plateados; enfrente, un policía de uniforme. Parece que

Matilda está respondiendo a sus preguntas en voz baja y serena. Cuando llego a su lado, levantan la vista, y la saludo con un gesto.

–¿Eres de Delitos Violentos? –pregunta el policía.

–Claro.

Mira de reojo los guantes que llevo en la mano y luego al suelo, donde se distinguen claramente huellas de zapatos. No son botas, más bien algún tipo de calzado deportivo. Pongo el pie al lado de la huella compruebo que tengo los pies del mismo tamaño que el que acaba de estar allí.

–¿Dónde están las otras mujeres?

–Estaba sola –dice Matilda.

–¿La conocías?

–Ha estado aquí varias veces este verano. Creo que se llama Rebecka.

–¿Con ce y ka?

–No lo sé, creo que con dos ces.

–¿Y el apellido?

Matilda niega con un gesto.

–Ya te digo que ni siquiera sé cómo escribe el nombre de pila.

Sigo adelante y llego al dormitorio. Las paredes están descoloridas, revestidas de cuadros. Hay una ventana entreabierta; da paso a la noche de agosto y a un frío poco natural. El dormitorio tiene ocho camas, alineadas a lo largo de las paredes. Los edredones no son iguales, unos son estampados, como las paredes de los apartamentos en los setenta; otros, lisos, de tonos fuertes de azul, verde o naranja; otros, con dibujos horribles e insulsos. Todas las camas llevan un número, escrito con prisas en la madera. En la cama número siete, al fondo de la habitación, hay un cadáver de costado, de espaldas a mí, con unos vaqueros desgastados y un jersey. Se atis-

ba el pelo oscuro y descuidado. Dejo los zapatos en una de las camas y me pongo los guantes.

La gente dispara, pincha, golpea, patea, ahoga, agujerea, asfixia y se atropella, y el resultado fluctúa entre ser discreto y eficaz como una intervención quirúrgica, y pringoso como una ejecución medieval. En esta ocasión, la vida ha cesado de forma súbita y limpia, casi imperceptible.

De no ser por la florecilla color ocre que le adorna la sien, podría estar dormida. Es joven, entre veinte y veinticinco años; podría tener cinco años más, pero una vida dura deja huella en la cara de las personas. Me inclino sobre ella para ver mejor el agujero de entrada. Un poco más grande que la cabeza de una chincheta, así es, y las discretas salpicaduras de sangre y polvo negro procedente del arma le han manchado la frente. Alguien le ha disparado por la espalda con una pistola de pequeño calibre.

Observo los bolsillos. Parecen vacíos. Tampoco parece que hayan tocado la ropa por el borde del jersey se ve parte de una camiseta, pero nada indica que la hayan registrado, que hayan estado buscando nada. Le pongo las manos en el costado, los hombros y la espalda con la esperanza de encontrar algo que no debiera estar ahí. Al subirle la manga del jersey, veo en la cara interna del antebrazo el resultado del abuso de jeringuillas, pero tiene mejor aspecto de lo habitual, como si hubiera convertido en un deporte sus intentos de chutarse con toda la precisión posible.

Oigo detrás de mí los pasos de Matilda. Se para en el umbral, como si tuviera miedo de entrar.

–La ventana –digo–. ¿Está siempre abierta?

–No. Normalmente está cerrada. Estaba cerrada cuando llegué.

–¿Vendía?

–Eso creo. Llegó hace unas horas. Me dijo que necesitaba un sitio donde dormir. La mayoría de las mujeres tardan más en volver.

–¿Traía algo más? ¿Ropa, maletas?

–Nada, salvo lo que lleva puesto.

–¿La ropa es suya?

–Creo que sí. –Matilda se sorbe los mocos–. Nuestra no es, desde luego.

–¿Llevaba zapatos?

–Al lado de la cama.

Unas converse negras con cordones blancos demasiado gruesos. Los ha comprado después y los ha puesto en lugar de los originales. Están desiguales y rajadas. Guardaba dentro las cápsulas. Cojo una de las zapatillas y observo la suela, gris oscuro y carente de interés, antes de dejarla de nuevo en el suelo. Saco el móvil y le enfoco la cara con él, saco una foto y, en un abrir y cerrar de ojos, el pequeño flash de la cámara vuelve la piel de un blanco hiriente.

–¿Cómo la viste cuando llegó esta noche?

–Colocada y cansada, como todas las demás. Dijo que había tenido una mala tarde y que quería dormir.

–¿Dónde estabas tú? –pregunté.

–Estaba fregando, de espaldas a la puerta, así que ni vi ni oí nada. Siempre friego a estas horas, no me da tiempo antes.

–¿Cómo te diste cuenta de que estaba muerta?

–Entré a ver si estaba dormida. Cuando me acerqué para cerrar la ventana, vi que...

No termina la frase.

Rodeo el cadáver describiendo un arco hasta allí. Está bastante alta, hace falta dar un buen salto para caer en la acera de la calle Chapmansgatan. Vuelvo a mirar el ca-

dáver y, a la luz de la farola, veo que tiene en la mano algo que lanza un destello, como una cadena muy fina.

–Tiene algo en la mano –le digo a Matilda, que parece interesada.

En el vestíbulo suena una voz que reconozco. Observo a la mujer por última vez antes de coger mis zapatos y salir con Matilda del dormitorio para encontrarme con Gabriel Birck. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi, pero está igual, con la cara bronceada, el pelo corto. Birck tiene esa clase de pelo que hace que a uno le entren ganas de cambiar de champú, y lleva un discreto traje negro, como si acabaran de sacarlo de una fiesta.

–Leo –me dice sorprendido–. ¿Qué coño haces aquí?

–Pues... me he despertado.

–¿Te han suspendido?

–De baja.

–La placa, Leo –dice, y aprieta la boca juntando los labios en una línea incolora–. Si no tienes la placa, tienes que irte ahora mismo.

–La tengo en la cartera, en mi casa.

–Pues ve a buscarla.

–Ya me iba –le digo, y le enseño los zapatos.

Birck me observa con la mirada gris impasible, y yo dejo los guantes en su sitio, me dirijo a la puerta y salgo al rellano pasando por delante de la mujer, que parece sorprendida.

–¿Cómo coño ha entrado? –Es lo último que oigo decir en el albergue.

En lugar de volver a mi apartamento, bajo la escalera rodeando el ascensor hasta la planta baja, hasta el oscuro patio interior ahora desierto. Y sólo entonces, al notar el frío suelo en las plantas de los pies, me doy cuenta de que todavía llevo los zapatos en la mano. Me los pongo y

enciendo un cigarro. Por encima de mí, las altas paredes del edificio forman un marco alrededor del cielo y me quedo allí un rato, fumando y mordiéndome la uña del pulgar. Cruzo el patio y abro una puerta que me lleva otra vez adentro, pero a otra parte del edificio. El rellano aquí es más pequeño y más antiguo, más cálido. Me dirijo a la puerta y salgo a la calle Pontonjärgatan.

Vivimos unos tiempos en que nos sentimos inseguros entre desconocidos. En algún lugar, por allí cerca, late el sonido aporreante de la música de un bar. Ahí delante está el parque, Pontonjärsparken, taciturno, silencioso y poblado de sombras, y, en la distancia, chirrían los frenos de un coche, luego un motor que reduce las revoluciones. En el cruce hay un hombre y una mujer en plena discusión y lo último que veo antes de echar a andar es que uno de los dos le levanta la mano al otro. Pienso en cómo se maltratan, pienso en la mujer muerta en la cama número siete, en el objeto que se le entreveía en la mano, en las palabras que he visto antes en la pared del metro, que hay alguien que cree que Suecia debe morir, y pienso que quienquiera que las haya escrito puede que tenga razón.

Giro por la calle de Chapmansgatan otra vez y enciendo otro cigarro, tengo que hacer algo con las manos. El azul mudo de las luces de los coches de policía recorre la fachada y desaparece, una y otra vez. Más policías uniformados deambulan por el edificio, van a acordonar zonas de la calle, redirigen el tráfico y a los que se acercan caminando por las aceras. Les hacen señas con ademanes bruscos e impacientes.

La potente luz de unos focos enormes ilumina el asfalto para facilitar la búsqueda. Sacan de un coche una amplia tienda de campaña, en previsión de la posible lluvia.

Las ventanas abiertas de la Residencia Chapman golpetean levemente al viento. Allí dentro veo pasar cabezas: Gabriel Birck, un técnico criminalista y Matilda. Debajo de la ventana está la acera, y me gustaría examinarla con más detenimiento, pero el barullo que hay delante del edificio la oculta a mi vista.

Entre tanto, miro el móvil. Hace media hora que ha empezado un nuevo día. Oigo por allí cerca el sonido zumbón de un bar con las ventanas abiertas, la música que está sonando, alguien que canta *every time I see your face I get all choked up inside;* apago el cigarrillo y le doy la espalda a Chapmansgatan.

Una tira de asfalto descolorido conecta dos de las calles principales de Kungsholmen. No sé cómo se llama, pero es tan corta que puedes lanzar de una patada una pelota de un extremo al otro. Una de las casas que está encajada en una orilla de la tira de asfalto tiene una puerta color burdeos. En ella sólo hay una palabra: «BAR», en amarillo pálido. La abro y veo una cabeza rubia y desgreñada que reposa en la barra. Al cerrarse la puerta a mi espalda, la cabeza se levanta despacio, el pelo ondulado cae a uno y otro lado de la raya en medio y Anna me mira con los ojos entornados.

–Por fin –dice en un murmullo, y se pasa la mano por el pelo–. Un cliente.

–¿Estás borracha?

–Aburrida.

–Un poco de publicidad en la puerta atraería a la gente.

–Peter no quiere poner publicidad. Lo único que le interesa es deshacerse del local.

El propietario del «BAR» es un empresario apático de unos treinta años cuyo padre compró el local en los ochenta, lo convirtió en un bar y lo regentó hasta su